

**T**ras el funeral, seis hombres de Dios regresan al monasterio para seguir con sus labores. Ninguno levanta la mirada del suelo. Ahora que todo ha pasado ya, el ánimo y las fuerzas se agotan de repente.

Dos de los frailes se dirigen al *scriptorium*, otro a la cocina. El más joven se encierra en la enfermería y contempla el montón de libros y pergaminos esparcidos encima de la mesa, los alambiques, el mortero, las hileras de frascos ordenados en una gran estantería. Jamás había sentido una tristeza tan profunda. Pero un fraile no debe llorar.

El único que rompe la norma es, precisamente, el prior. Está arrodillado en su estancia privada, con los ojos fijos en la imagen de un san Lorenzo atormentado en su lecho de llamas.

—Es hora de laudes, señor —dice el joven, a sus espaldas.

—Dios no me puede perdonar. Esta vez, no. —Las lágrimas se deslizan por sus mejillas, la barbilla le tiembla.

—¡La congregación os necesita!

—Id a la iglesia y volved después de la oración. Debo hablaros en secreto.

MADOL FARRÉS

—¡Prior Daniel!

—Haced lo que os digo, por favor.

El fraile desaparece en silencio. Un día como este no se olvida jamás.

Tres años y medio atrás, nadie hubiera imaginado tanta desventura. Corría el mes de agosto de 1378, y llovía.

PRIMERA PARTE

Año del Señor de 1378

## I

No ha cesado de llover en toda la noche. En las cercanías del monasterio, un rayo ha partido el roble más débil y lo ha herido de muerte. Los truenos parecían rebotar de un risco al de al lado y de este al de enfrente. Todo es indócil y abrupto en los despeñaderos de Sant Llorenç.

La congregación temía que el temporal dañara partes del tejado y lo hundiera en los puntos más endebles, pero el Altísimo se ha mostrado compasivo y antes de maitines ha devuelto la calma a la inmensa floresta salvaje que circunda el priorato.

Ahora, al llegar el embajador del obispo con su joven sobrino, el agua corre sendero abajo, culebreando entre el barro y los pedruscos. Sus capas gotean medio adheridas al hábito.

—¡Dejad las ollas! —vocifera un corpulento hortelano entrando en la cocina—. Les he visto subir la escalera. Me parece que han ido a la celda de las cuatro camas a secarse la ropa. ¡El prior está tan contento que ha ordenado que nos reunamos en la sala!

El cocinero se restriega las manos sobre la abultada barriga, lo mira incrédulo.

—¿A *nosotros* también nos presentarán al nuevo? ¿No lo habéis entendido mal?

La sala capitular es un espacio austero con poca luz. Cuando no hay visitas, solamente una vela y un par de ventanas rectangulares construidas en lo alto iluminan la gran talla de un Cristo crucificado. Pero hoy, último día de agosto, la mayoría de lamparillas están encendidas para celebrar el gozo de recibir a otra alma. A cada lado de la divina imagen, los asientos arrinconados en las paredes se ocupan enseguida. Catorce ojos miran al fraile que traducirá códigos de medicina en Sant Llorenç. Berenguer de Vallclara, de familia noble, enviado por el obispo, es mucho más joven de lo que se habían figurado. ¿Demasiado, quizá, para llevar a cabo una tarea de tanta envergadura?, se preguntan algunos. Pero ni el prior Daniel ni el embajador Germani de Vallclara dudan de sus capacidades. Berenguer ha tenido el privilegio de poder estudiar desde niño.

—Este es nuestro hermano traductor. Démosle la bienvenida —dice el prior, de pie detrás del atril.

Berenguer, a su lado, saluda con timidez. Los frailes responden bajando la cabeza unos momentos.

El hortelano acerca la boca al oído del cocinero.

—¿Vos habíais visto alguna vez a un muchacho con el pelo amarillo?

—No se dice «amarillo», sino «rubio». Aunque la familia Vallclara sea de Folgueroles, sus antepasados llegaron de por ahí, de no sé qué lugar del extranjero.

—Callad, nos miran.

Germani los regaña sin necesidad de pronunciar palabra, tan

solo poniendo los brazos en jarras. Es un hombre tan flaco y espigado que parece que vaya a caerse, pero su altura resulta lo bastante convincente como para disuadirlos de seguir molestando. El prior Daniel, por el contrario, es más bajo, algo achaparrado, de cuerpo ancho y sin cintura, a pesar de que nunca en su vida ha cometido el pecado capital de la gula. Es disciplinado, nada amante de la abundancia. Ni siquiera es aficionado a los suculentos sermones que tanto placen a Germani.

Siempre ha habido buen entendimiento entre ambos, mejor que con la mayoría de los embajadores episcopales que Daniel ha conocido desde que fue nombrado prior, una década atrás. ¿Una década ya?

Sí, una década. En aquellos tiempos había los mismos frailes que en la actualidad y también el sacerdote hortelano-afeitador, que atendía —y atiende aún— la parroquia de Sant Sadurní todos los domingos. Sant Llorenç no tenía enfermero ni, por descontado, traductor, solo el copista Mudo, sobrenombre con el que ya entonces se referían a Ermengol, el hombre más gordo del condado. Nunca nadie le ha oído la voz: hizo voto de silencio en su juventud y desde aquel momento no ha articulado palabra, ni siquiera cuando se incendió un sector de la hospedería, construida de cara al bosque, a quinientos pasos del edificio monacal. Las llamas devastaron buena parte del ala de los peregrinos pobres. El Mudo ayudó a apagar el fuego, por supuesto, pero no salió de su boca sonido alguno.

Tampoco el monasterio era exactamente como es ahora. En la planta baja, junto a las paredes del claustro y la iglesia, había un espacio desaprovechado, con la cocina-refectorio al fondo. En la enfermería y en la entrada, los suelos eran de tierra. Lo único verdaderamente práctico era el acceso desde la verja exterior, un

sólido enlosado de piedra. En el piso superior del edificio, donde se encuentran las seis celdas dobles y la mayor, los porticones no cerraban bien, de modo que en días de viento invernal la temperatura descendía a tales extremos que más de un fraile acudía a las liturgias sin coraje para cantar. Solo la estancia del prior y la sala capitular contigua no han sido modificadas.

Los ojos vivarachos de Germani examinan los rostros y las actitudes de los frailes. Antes de ser embajador del obispo en tierras extranjeras, había ostentado el cargo de arcediano y cumplía de sumo grado la orden de visitar Sant Llorenç. Casi sabe qué piensa cada hombre. El venerable tesorero y el sacristán copista andan siempre juntos, son un mundo aparte. De hecho, ¿con quién podrían relacionarse, si quisieran, además de con el hermano médico, nacido en una familia tan noble como las suyas? El resto son un hatajo de desgraciados: un copista crisógrafo, hijo de insignificantes mercaderes vicenses, un grosero hortelano hercúleo y un sucio cocinero borracho. Parece mentira que el prior Daniel no le dé a probar el garrote más a menudo. Seguro que entonces recordaría la advertencia divina: «Los ebrios no heredarán el reino de los cielos».

Es menester que se centre en lo que ha venido a hacer, aparte de acompañar a su jovencito.

—Hermanos, estos días, a oídos del obispado, llegan rumores acerca de un brote de peste. Casi os puedo asegurar que no tienen fundamento. Una familia ha muerto de repente y el miedo se ha extendido. Pero un chico que mandamos a la casa asegura que no ha visto ni una sola buba en los cadáveres. Después, cuando preguntó a los vecinos, le dijeron que aquellos pobres infortunados pasaban tanta miseria que habían ingerido veneno. —Sus palabras tranquilizadoras no evitan que la inquietud se apodere de

la congregación—. No os alarméis. Vuestro hermano médico os hará algunas recomendaciones.

Galzeran de Monsingle se sitúa cerca del atril, entre el prior y Berenguer. Paso firme, presencia elegante, figura proporcionada, y una mirada dura más propia de caballero que de fraile. Ronda los veinticinco años.

—Desde que ingresé en el monasterio —empieza el médico—, aún no se habían producido amenazas de peste, ni reales ni imaginarias. Sin embargo, a partir de hoy extremaremos la prudencia. Solo el Señor sabe a ciencia cierta de qué murió aquella familia.

Y a continuación manda llamar al principal de los siervos. Inólito. Todo el mundo se extraña. El siervo entra en la sala y se queda en el rincón menos iluminado, encogido como un perro apaleado.

—Vosotros, los sirvientes, sois los más proclives a contraer la peste y a contagiarla. Queda prohibido que salgáis del monasterio sin justificación. Y en lo que a vuestro trabajo se refiere, Silví, que en buena parte os obliga a tratar con los siervos y a menudo veis a los visitantes antes que nadie, evitad el contacto con ellos. No os acerquéis demasiado, tanto si se trata de peregrinos como de señores. Aunque viniera el rey Pedro en persona, ¿me habéis entendido? Quiero ser informado cada vez que aparezcan forasteros, tengan el rango que tengan.

Hace una breve pausa que algunos aprovechan para moverse en sus asientos. El traductor Berenguer lo mira de reojo. Jamás había topado con alguien tan altivo. Antes, en el momento de los saludos, él ha sido el último en inclinar la cabeza, como si le supusiera un gran esfuerzo. Juraría que hasta lo ha mirado mal. Berenguer se pregunta si será posible traducir los códigos de medicina en su compañía y bajo su supervisión.

—Ahora, un aviso para todos. —Galzeran retoma su discurso. Berenguer se distrae mirándole las botas. No se puede negar que el Señor ha favorecido al hermano médico con una voz potente y preciosa—. En caso de peste, si yo hubiera muerto o no estuviera presente, deberíais hacer lo siguiente: empastar cal en las paredes, rociar las estancias con vinagre, encender fuego para secar las humedades, hervir agua para cocinar y para las abluciones, y, lo más importante, trasladar a los enfermos a la hospedería y atenderlos sin tocarlos. Finalmente, habría que quemar todo lo que hubiera estado en contacto con ellos: almohadas, sábanas, mantas, jergones, maderas, cuencos, cucharas...

—Me parece que exageráis —interviene el anciano—. Si vamos a tirar todo cuanto nos rodea, más nos vale huir al bosque a vivir con las alimañas. Quizá incluso nos lamerían los pies.

Berenguer comprueba que el médico no solo lo irrita a él. Al venerable anciano y al sacristán se les marca el disgusto en la cara. No sabría decir qué opina el copista Mudo, un hombre del todo inexpresivo. Pero los demás lo escuchan con reverencia y admiración. ¿Cómo es posible que no se sientan humillados por el tono del médico?

\*

La enfermería es una espaciosa sala dividida en dos departamentos. Encima de una larga mesa, libros y pergaminos sueltos. Nacida de la pared, una repisa sostiene un fogón, una olla de cobre, un alambique y una retorta. En el suelo descansa un pesado mortero de cinco palmos de diámetro. La estantería, repleta de frascos y cajas de medicamentos simples y compuestos, recubre casi dos terceras partes de la estancia.

El embajador y el prior han acompañado a Berenguer a la enfermería. Es preciso que Galzeran especifique al joven qué tipo de trabajo debe realizar y cómo. El obispo de Vic ha encargado la traducción al vulgar catalán del *Thesaurus pauperum*, obra que reúne en un solo volumen las principales lecciones del arte médico. Su autor, Pedro Hispano, la concibió para que los estudiantes pobres pudiesen acceder a los conocimientos sin excesivos dispendios.

—Y después de este encargo habrá otros —informa el embajador a Galzeran—. Un *antidotarium* de maese... No recuerdo su nombre.

—¿Arnau de Vilanova?

—Exacto.

—Aquí os trae los originales —dice el prior, señalando el zurrón que Germani ha dejado encima de la mesa.

Galzeran va sacando los libros.

—Manual sobre la flebotomía, Manual sobre la hidrofobia, Tratado del sarampión, Tratado de la peste... Interesante.

—No quiero ni tan solo imaginar otra pestilencia como la de 1348 —comenta Germani, pensativo.

—En efecto, una de las más malignas.

—¿Cuándo nos libraremos de ellas?

Galzeran fija las pupilas en las del embajador. Berenguer no quisiera estar en la piel de su tío. El hermano médico tiene una suerte de mirada que trepana piedras.

—La peste viaja en el aire y en el agua y los corrompe sin misericordia. Poca cosa podemos hacer para sanar los cuerpos en los que la enfermedad ya se ha manifestado: algunos pacientes a quienes se había intentado salvar administrándoles fármacos morían; otros, que no habían sido atendidos en absoluto, se levanta-

ban a la mañana siguiente sin rastro de las bubas que los habían atormentado durante la noche. La única acción relativamente efectiva es intentar no exponerse al contagio.

—Pero a veces el aislamiento no es posible —replica el embajador—. Aquel año funesto, en el que yo estaba ya en el obispado de Vic junto con un buen número de sacerdotes y hombres de linaje, tuvimos que convivir con la peste como pudimos. En ninguna parte había refugios seguros. A nuestro alrededor, las villas y las fortalezas se pudrían hasta los cimientos, los cadáveres no cabían en las carretas. ¡Qué terrible virulencia! Cada mañana descubríamos nuevos cadáveres en los dormitorios.

—Evitar el contagio con los medios a nuestro alcance, a eso me refería —dice el médico, dibujando una amplia circunferencia con la mano—. Es evidente que la aplicación de las medidas tradicionales, y de otras, no va a salvar muchas vidas, pero sí algunas.

—¿Qué otras medidas?

—Muchos físicos han dictado recomendaciones. En el *Studium* de Montpellier tuve ocasión de leer el *Regiment de preservació d'epidèmia o pestilència*, del maestro leridano Jaume d'Agramunt.

—¿Y?

—Los consejos de su manuscrito eran prudentes y sabios. Proponía que no se aceptasen alimentos traídos de fuera, a no ser que se conociera el estado del país de donde procedían; que se retiraran los estercoleros cercanos a las ciudades; que se prohibiera echar basuras y animales muertos a las calles, etcétera. ¿Hasta qué punto se pusieron en práctica sus sugerencias? No hay forma de averiguarlo. Por desgracia, la peste de 1348 sigue presentando brotes cíclicos. Ahora bien, cada nuevo brote es una valiosa experiencia que nos permite avanzar en el estudio de los antídotos.

Germani camina hasta la estantería y lee los nombres de los frascos colocados a la altura de los ojos.

—¿Qué antídoto prepararíais vos?

Galzeran de Monsingle lo sigue.

—Hay varios. Un compuesto con predominio de escorzonera, mitridato, esencias purificadoras de los humores...

—¿Qué guardáis en los estantes de arriba? —Germani se pone de puntillas, pero no alcanza a ver nada.

—Los venenos y los tóxicos.

Venenos y tóxicos. Berenguer reconstruye mentalmente la definición. Venenos y tóxicos, sustancias que, mezcladas en cantidades ínfimas con ciertos medicamentos, producen mejoras en la salud. Durante sus últimas semanas en el obispado, ha hecho un esfuerzo para memorizar algunos términos propios de la medicina. Sospecha, sin embargo, que cuando el hermano médico le dirija la primera frase se le esfumarán de la memoria.

El prior advierte a Germani que falta poco para vísperas. Como siempre, el embajador se ha entretenido demasiado. Galzeran les dice que aprovechará esos últimos momentos para concluir una labor. Cierra la puerta con llave, se deja caer en el banco e hinca los codos sobre la mesa, hundiendo la cabeza entre los brazos. Expulsa de golpe el aire de los pulmones.

—Dios mío, ¿por qué me hacéis esto?